

DISCURSO

PRONUNCIADO EN LA FESTIVIDAD CIVICA

DEL

15 DE MAYO DE 1874.

Dedicado

AL CLUB POPULAR DE MONTEREY

POR EL AUTOR,

C. JUAN PEÑA.

MONTEREY:—1874.

TIP. DE A MIER, A CARGO DE ANTONIO SADA,
Calle de Abasco num. 36.

SEÑORES:

Cuando se medita seriamente acerca de los acontecimientos pasados; cuando recorriendo las páginas de la historia se sigue á la humanidad en su marcha lenta y trabajosa; y cuando en pleno siglo XIX, en esta edad en que la antorcha divina de la ilustracion derrama su luz indificiente por todas partes; cuando en esta edad, repito, se ha visto al despotismo levantar su cabeza monstruosa y teñir sus garras con la sangre de pueblos inocentes; el corazon gime estremecido bajo la impresion de un sentimiento de tristeza profunda, y el ánimo vacila ante desengaños tan crueles, llegando á desconfiar del porvenir, dudando que alguna vez prevalezcan en las sociedades el derecho sobre la fuerza, la razon sobre la injusticia, y que el santo respeto á las libertades ajenas sea la base en que se apoye la felicidad universal.

¿Quién hubiera creído, compatriotas, que la nacion francesa, cuna de tantos hombres ilustres, receptáculo de los mas humanitarios pensamientos y encarnacion de ideas verdaderamente sublimes, se convirtiese alguna vez en verdugo de nuestra patria? ¿Quién hubiera creído que esa misma Francia, que fué un dia la admiracion y la esperanza de los pueblos, se llegase á degradar al extremo de servir de instrumento para la realizacion de empresas anti-cristianas, que necesariamente debian llenar de afliccion y de duelo á millones de hombres libres é inteligentes?

Nadie en verdad.

Y sin embargo, aún está fresca la sangre de millares de nuestros hermanos derramada por los soldados del que fué emperador de los franceses; aún se escuchan los lamentos de mil huérfanos que lloran la prematura muerte de sus padres, cuya voz espiró en los patíbulos levantados por las Cortes marciales; aún se ven convertidas en ruinas algunas

ciudades que los gefes invasores entregaron al furor de una soldadesca desenfrenada.

Y todo esto, ¿por qué, conciudadanos? ¿Había México siquiera provocado á la Francia, ó cometido actos atentatorios por los cuales mereciese el atroz castigo de ver sacrificados sus hijos, incendiadas sus ciudades, talados sus campos, hollados y vilipendiados sus derechos?

No, por honra nuestra y para eterna mengua de los agresores!

México despues de inmensos sufrimientos acababa de resolver una grave cuestion, de cuyo feliz éxito dependian su felicidad y engrandecimiento: habia abatido con mano poderosa el orgullo de las clases privilegiadas; habia proclamado y hecho triunfar el gran principio de igualdad ante la ley, y el no ménos grande de la libertad de conciencia; habia, en una palabra, destruido con admirable valentia los formidables elementos que ántes se explotaban en su daño y conquistado palmo á palmo los grandes principios sancionados por la moderna civilizacion.

Jamás la patria de Hidalgo estuvo en mejores condiciones para ser feliz: despojado el mónstruo de la anarquía de todo su poder; allanado el camino del verdadero progreso, y cifrando su bienestar futuro en un Código eminentemente liberal que en lo de adelante debía servir de escudo indestructible aun á los mismos que ántes lo combatieran con mayor encarnizamiento, México dejaba tras sí un pasado borrascoso, y sobre las ruinas de ese pasado de duelo, preparábase á levantar un templo magnífico destinado á inmortalizar sus espléndidas victorias, condenando á eterno olvido los desaciertos de épocas pasadas, promoviendo la union sincera de los hijos de un mismo suelo, inagurando, en fin, una era de bienestar social, fundada en el respeto profundo á los sagrados derechos del hombre, en la tolerancia mas absoluta de todas las opiniones, en el perdón completo de todos los errores.

Pero la Providencia dispuso las cosas de otro modo: tal vez allá en sus designios inexcrutables quiso poner á prueba el patriotismo mexicano; y el pueblo infortunado que por mas de tres siglos sufrió los horrores de la tiranía; ese

pueblo que necesitó once años de una lucha cruenta para independerse del trono de Castilla; la nacion que por espacio de medio siglo habia luchado con titánico denuedo hasta obtener el triunfo de la civilizacion sobre el oscurantismo, presenció nuevas y dolorosas escenas, y apuró gota á gota una dosis inmensa de amargura, derramada en su seno á nombre de la ilustracion y la humanidad.

¡Qué tristes y penosos son estos recuerdos!

Tres grandes naciones, todas poderosas por sus materiales elementos de fuerza, todas orgullosas de sus antecedentes, todas deseosas de conservar sus glorias y de mantener su supremacía, fueron las elegidas por el destino para probar la fé valerosa é inquebrantable de los mexicanos.

Sus escuadras presentáronse amenazadoras, exigiendo satisfaccion de supuestos agravios.

Angustiosa era entonces nuestra situacion; y, para afrontarla, necesitábase que México imitase el héroe ejemplo de los espartanos, que, desesperando de su salvacion, trataron de librar su honra ante la posteridad inmolándose gustosos en aras de la patria.

México en medio del abatimiento á que la redujeran sus luchas interiores, supo imitar aquel bello ejemplo que la historia ha inmortalizado con su buril de fuego. Negóse á todo avenimiento que no se fundara en su pleno derecho como nacion soberana é independiente; y aprestóse á combatir contra aquellas tres grandes potencias, todas de fama secular y de renombre esclarecido.

Locura parecia luchar contra la España, que alentada por el génio colosal de Carlos V, hizo estremecer á la Europa, allá en otras edades; contra la Francia, cuya marcha triunfal á principios del presente siglo, solo pudo detenerse ante el voraz incendio de Moscow, y cuyo ardor marcial pudo solamente apagarse bajo las nieves eternas de la Rusia; contra la Inglaterra, cuyo ejército, dirigido por el poderoso espíritu de Wellington, determinó la gran catástrofe de Waterloo; catástrofe que condujo á Napoleon primero á la isla solitaria de Santa Elena, donde debia extinguirse la brillante existencia de aquel que habia sido la admiracion y el terror del mundo.

Si aquella era, en efecto, una locura, fué tambien un rasgo de valor sublime que abrió á mi patria las puertas del templo de la inmortalidad; rasgo de abnegacion inaudita, que estimaron altamente los caballerosos representantes de Inglaterra y España, y al cual se debió en gran manera que la Francia quedáse sola y abandonada en su empresa criminal.

Desde entónces apareció la situacion bien definida; exasperado Saligny por la noble conducta de los aliados; sorprendido en su mala fé, y evidenciado ante el país, rompió sus compromisos, faltó á la fé jurada é hizo avanzar el ejército frances, dejando á sus espaldas las inexpugnables posiciones del Chiquihuite que habia ofrecido repasar, en el evento desgraciado de que quedasen rotas las hostilidades. Este acto de perfidia, constituye un borron que no podrán lavar victorias tan grandes como las de Magenta y Solferino: la honra de los galos, amenguada ya por anteriores hechos infamantes, quedó sepultada en aquellas alturas, levantadas por la mano de Dios para perpetuar la ignominia de los titulados invencibles.....

Lo que pasó despues, mereceria ser celebrado por la lira de Homero: el arrogante ejército que un dia ántes dictara las mas humillantes condiciones, volvia la espalda el 5 de Mayo, ante una tropa de soldados improvisados: las cruces ganadas en Crimea habian pasado á manos de los humildes hijos de México, muchos de los cuales acababan de dejar el martillo y la azada para empuñar un rifle: las águilas francesas, aquellas águilas que años ántes se habian posado orgullosas sobre las murallas de Viena, despues de haberse cernido impávidas en los sangrientos campos de Austerlitz y de Wagram, fueron detenidas en su raudo vuelo por la mano modesta de un fronterizo, de Zaragoza, que en aquel grande dia recibió el premio de sus generosos esfuerzos, conquistando para su patria una gloria inmensa, una gloria imperecedera, como lo son todas aquellas que se adquirieron en pro de la justicia y el derecho.....

Once meses despues, los derrotados el 5 de Mayo de 1862, reforzados por una formidable division provista de

elementos abundantísimos de guerra, volvian á asestar sus cañones contra la célebre é invicta ciudad de Puebla; pero duramente aleccionados por los memorables sucesos de aquella fecha gloriosa, cambiaron de táctica. No era ya el ejército francés aquel ejército que tratara de tomar nuestras posiciones por medio de rudas cargas á la bayoneta; era un ejército cauto y previsor que confiaba ante todo en su poderosa artillería; que procedia con tanta precaucion cual si hubiese estado al frente de una plaza como la de Sebastopol; que emprendia grandes obras militares, atrincherándose en sus posiciones; y que fiaba más en los pocos víveres de los sitiados, que en el poder de sus aguerridos batallones; es decir, que esperaba que el hambre y la necesidad le abriesen las puertas de una ciudad, que aun en medio del abatimiento ocasionado por la mas horrible miseria, se estremecia entusiasmada al recordar el ínclito nombre de Zaragoza.

¡Puebla.....Puebla!.....Aun se representan en mi memoria las conmovedoras escenas de los últimos dias de tu resistencia heroica! Veo centenares de casas convertidas en humeantes ruinas! Veo tus torres gigantes acribilladas por las balas del invasor, pero siempre en pié y como desafiando su implacable saña! Veo tus murallas, y tus calles y plazas enrojeadas por la sangre de millares de valientes! Veo vagar á tus habitantes sin hogar y sin pan!.....Y en medio de tan cruel desolacion y de miseria tanta, aun escucho los himnos de gloria que tus defensores entonan, como una protesta sublime contra la barbarie de los sitiadores.....

Sesenta y dos dias de una resistencia digna de los tiempos de Gerona; despues.....la destruccion del armamento todo que los sitiados rompieron con sus propias manos...en seguida.....la ocupacion de una plaza, cuyo resinto no fué profanado mientras existió el denodado ejército de Oriente....y dos dias mas tarde, de aquel admirable ejército solo quedaban algunos centenares de gefes y oficiales; que, á guisa de criminales, eran conducidos al destierro, por haberse negado á suscribir la vergonzosa protesta de no empuñar nuevamente las armas en defensa de su país.

Forey, soldado torpe y jactancioso, confundió la toma

triumfantes el pabellon de México, sin retroceder ante el incendio y la destruccion. Corona y Rosales en Sinaloa dominan la furia del feroz Castagny, y sus proezas admiran á los mismos enemigos: como en Michoacan, los invasores marcan su paso con el incendio y la devastacion; pero nada detuvo el arrojo de los sinaloenses; luchan sin tregua ni descanso, y al fin arrancan á la fortuna laureles inmarcesibles, tanto mas valiosos, cuanto mas caramente conquistados.—A los nombres de estos mexicanos, honra y pres de la República, deben añadirse los de millares de gefes, oficiales y soldados, que no por ser mas humildes, dejan de merecer la gratitud nacional.

A todos ellos, ¡salud y reconocimiento eterno!

Cualesquiera que hayan sido los extravíos políticos de algunos, olvidémoslos; no recordemos sus errores sino para deplorarlos; no pensemos sino en sus anteriores sacrificios para enaltecerlos: ellos levantaron serena su frente cuando la muerte batia sus alas sobre la cabeza de los patriotas; y sin un segundo vestido con que cubrirse, sin tener un miserable pan que llevar á sus labios, marchaban animosos al combate, sin conmoverse ante el siniestro espectáculo de mil cadalsos levantados por la tiranía, sin pensar que dejaban tras sí á sus inocentes familias, expuestas á gemir en la orfandad y la miseria.—¡Salud y reconocimiento, repito, á esos denodados caudillos, á quienes la Grecia hubiera levantado altares para eternizar su memoria!

Y por lo que respecta á México: ¿qué podré decir que sea digno de la ilustracion y los sentimientos del patriota pueblo que tiene la bondad de escucharme? ¿Qué podria agregar á lo que tantas veces ha oido en este mismo lugar, destinado hoy á la conmemoracion de un hecho grandioso?

Nada, ciudadanos; y es por esto que me limito á suplicaros que volvais la vista hácia lo pasado, que reflexionéis en el presente, que mediteis acerca del porvenir.

Para independernos del poder de España, fueron necesarios hombres de la portentosa talla de Hidalgo, Morelos y Guerrero; para afianzar nuestras libertades, hubimos menester de la constancia y firmeza de un Juarez, y del valor indómito de un Zaragoza: para conservar la herencia

preciosa que ellos nos legaron, y para que México sea feliz y verdaderamente grande, necesitanse la union y el concurso de todos los mexicanos.

Los sacrificios de aquellos héroes, nos han impuesto deberes sociales de trascendencia suma: pésa sobre la actual generacion la responsabilidad inmensa de asentar las bases de la futura felicidad del país; y esto no podrá conseguirse, si no salimos del círculo vicioso en que por tantos años hemos girado.

¡Quizá lleguemos á experimentar mayores desgracias, pruebas mas terribles, que aquellas de las cuales felizmente salimos victoriosos!

No seré yo quien prediga la muerte de la nacionalidad mexicana; pertenezco al número de creyentes para quienes la inmortalidad de los pueblos es una conviccion; creo que las naciones podrán ser vencidas, pero nunca exterminadas; y creo igualmente, que cualquiera que sea el poder de los vencedores, llega un dia en que el pueblo subyugado se levanta potente dentre el polvo de los siglos. Mas creo tambien que los crímenes y desaciertos cometidos en un período de años, labran la desventura de muchas generaciones.

Allí está Roma. . . . la histórica é inolvidable Roma! En los dichosos tiempos de Cincinato, cuando las grandes virtudes eran apreciadas, fué feliz y grande al extremo de imponer sus leyes al mundo y de ser árbitro de los destinos de la humanidad. Devorada despues por la corrupcion; entregada á lúbricos placeres y debilitada por la maldad y la injusticia, sucumbió víctima de la barbarie de los pueblos del Norte. Siglos y mas siglos han trascurrido desde el dia en que tuvo lugar aquella catástrofe pavorosa, y el pueblo italiano está muy distante de recobrar su antigua preponderancia; pobre y envilecido hasta hace pocos años, hoy dia se considera dichoso de vivir regido por la tiranía dorada de Victor Manuel.

Ved tambien á la Francia!

En los bellos dias de 93, impulsada por la palabra de fuego de Mirabeau, llevando la libertad por bandera y dejando tras sí las bendiciones de los pueblos redimidos, paseó triunfantes las armas de la República é hizo temblar á todos

los tronos. Cegada mas tarde por sus propias glorías, se apartó del camino de la justicia; y desde entónces comenzó á retroceder gradual y visiblemente, hasta ser el juguete de un déspota indigno, que no supo siquiera sacrificarse por ella en las horas solemnes del infortunio.

Dolorosa y terrible ha sido la caída de esas naciones; mas quédales á lo ménos el consuelo de merecer todavia el nombre de *Nacion*. Pero cuando se cometen grandes extravíos y se tienen vecinos peligrosos, córrese el riesgo espantoso de seguir la suerte que cupo á la desgraciada Polonia, á esa pobre mártir, cuyos hijos, debatiéndose bajo la tiranía cruel de los autócratas, tienen que sofocar en público sus sollozos, que derramar sus lágrimas en el silencio; porque aun esos sollozos y esas lágrimas que les arrancan los recuerdos de sus épocas de libertad, son reputados crímenes de lesa-magestad; crímenes que el gobierno ruso castiga con el destierro, ó mejor dicho, con la muerte, puesto que los desterrados encuentran siempre su sepulcro bajo las montañas de nieve de Siberia.

¡No olvidemos esto mexicanos! ¡Aprovechemos estas lecciones elocuentes de la historia, y evitemos por medio de una conducta patriótica los peligros futuros que nos amenazan!

Poseemos elementos mas que suficientes para labrar nuestra propia dicha y la de otros pueblos infortunados, á los cuales negó la naturaleza los dones que á nosotros concedió con sorprendente prodigalidad; pero no hemos sabido aprovechar esos elementos poderosos; y al presente vivimos pobres y débiles, teniendo bajo nuestra planta un cúmulo de riquezas incalculables. La experiencia nos dice á grandes gritos, que para explotar nuestras minas, para hacer fructificar nuestros campos, para desarrollar nuestro comercio, para perfeccionar nuestra industria, para llevar á cabo materiales empresas, son indispensables los auxilios de la inmigracion; mas, creedme, compatriotas, la inmigracion, este auxiliar poderosísimo que ha elevado á la República vecina al emporio de la grandeza, huirá de las playas mexicanas, mientras no se consolide la paz; y esta

no llegará á ser estable y duradera, sino el día en que gobernantes y gobernados sean fieles esclavos de la ley, sino cuando nuestras instituciones sean altamente veneradas por todos, desde el mas pequeño hasta el mas grande.

El respeto profundo á las leyes, el amor á la justicia, la cooperacion de todos al bien general, son los cimientos que deben servir de base sólida á nuestro bienestar. Lo demas es obra del tiempo. Para llegar á la altura en que se encuentran la Alemania y otras naciones profundamente pensadoras, necesitamos que la educacion se generalice, que el estudio se propague, que los establecimientos científicos se multipliquen, que el periodismo se fomente, que las asociaciones de mútua enseñanza se establezcan en todos los lugares; en una palabra: que la ilustracion derrame entre nosotros su tórrida luz; que sus fúlgidos destellos iluminen á tantos y tantos desgraciados que gimen hoy en la ignorancia.

Bien se comprende que esto no podrá obtenerse sino á costa de trabajo y persistencia; pero en nuestra mano está mejorar á lo pronto nuestra condicion social y política, siendo buenos ciudadanos y siguiendo en su rápido vuelo, cuanto sea posible, á los pueblos modernos que en álas del vapor se elevan hasta tocar la mas alta cumbre de la prosperidad; á pueblos como el norte-americano, que han dejado tras sí á varias viejas naciones, las que despues de muchos siglos de existencia, presentan al mundo el triste espectáculo de estarse destruyendo mútuamente, sin poder lograr constituirse de una manera definitiva.

Una palabra más, conciudadanos!

Como miembro del CLUB POPULAR de esta capital, he venido á hablaros en su nombre hoy que se solemniza una de las mas grandes glorias de la patria.

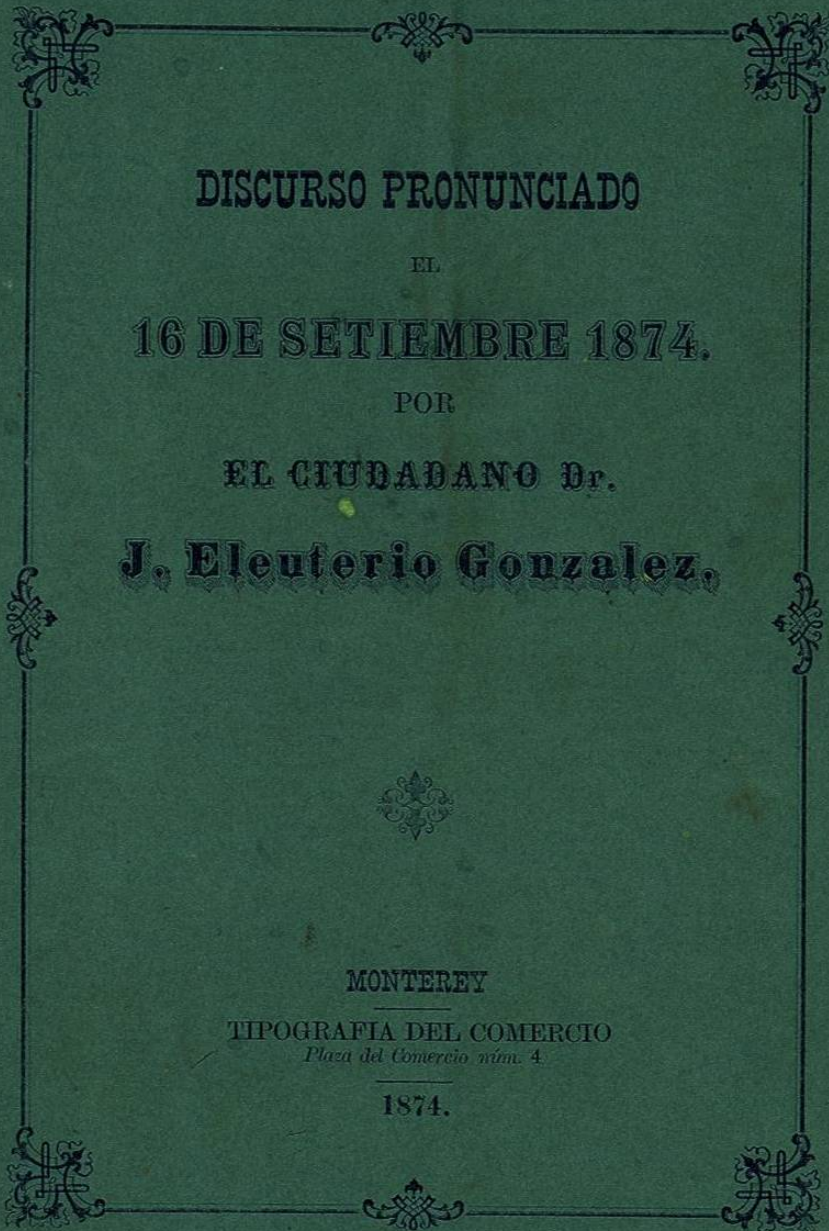
Aceptad el humilde obsequio que por mi conducto ha querido haceros aquella asociacion, compuesta en su mayoria de honrados artesanos, de hombres trabajadores, de ciu-

dadanos bien intencionados que anhelan ver á su Estado próspero y feliz.

Ahora, réstame solamente daros las gracias por vuestra generosa indulgencia, puesto que habeis sido bondadosos al extremo de escuchar mi frio y cansado discurso.

Cumplido este deber, termino mi honrosa comision, pidiendo á la Providencia que derrame sus bendiciones sobre la jóven México, tan merecedora del respeto universal por sus anteriores desgracias, tan digna de ser dichosa por la abnegacion y el valor incontrastable de sus hijos.





DISCURSO PRONUNCIADO

EL

16 DE SETIEMBRE 1874.

POR

EL CIUDADANO Dr.

J. Eleuterio Gonzalez.

MONTEREY

TIPOGRAFIA DEL COMERCIO
Plaza del Comercio nüm. 4.

1874.